

Excentricidad anglosajona

Antídoto para la melancolía

Las islas británicas han sido pródigas en especímenes humanos a los cuales cuadran los adjetivos de excéntricos o de extravagantes. Aquello ha sido, incluso, motivo de chanza universal: un ejemplo claro es el personaje Phileas Fogg, el héroe de la novela *La vuelta al mundo en 80 días*, debida al ingenio francés de Julio Verne. Su maníaca observancia de hábitos y de horarios, puesta radicalmente a prueba por una expedición de tal magnitud, no sufre menoscabo alguno, y la mayor felicidad de Fogg, al cabo de tan accidentado viaje, radica en restituirse a su amada rutina, el té de las cinco, los diarios en el club, la pipa.

Los mismos ingleses han contribuido generosamente a alimentar su fama de rareza. Sólo un aspecto —su manía de asociarse en estrambóticos clubes— servirá para ilustrar el aserto. Thomas De Quincey, en *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, informó de la existencia de la Sociedad para el Fomento del Vicio, en la Sociedad para la Supresión de la Virtud y en otras no menos escandalosas para la rígida moral victoriana. Robert L. Stevenson propuso, como escenario para las aventuras del príncipe Florizel de Bohemia, el Club de los Suicidas, organizando para ayudar a salir de esta desesperanzada vida a quienes carecen del valor necesario para obrar por sí mismos. Gilbert K. Chesterton, por último, ideó el Club de los Doce Pescadores Legítimos, cuya única razón de existir es —nada más y nada menos— el exclusivismo derecho de pertenecer a él.

Los mismos escritores, más allá de sus obras, han marcado caminos en esto de la extravagancia. William Beckford, por ejemplo, que en 1789 publicó sus *malévolas* —y ficticias— *Memorias biográficas de pintores extraordinarios*, una genial tomadura de pelo a los eruditos y conocedores de arte de su tiempo; el mismo De



Edith Sitwell: su madre detestaba el físico de su hijo.

Quincey, opiómano empedernido, que hizo de su afición a la droga la fuente de una de sus más notables creaciones, las *Memorias de un inglés comedor de opio*; o el tranquilo y tímido clérigo Charles L. Dodgson, que pasó a la historia de la literatura como Lewis Carroll, autor del ciclo de Alicia y de obras de lógica y de matemáticas en las que el planteamiento de los problemas adquiere insólitos caracteres enérgicos. Carroll, además de escritor, fue fotógrafo, y las imágenes de su sobrina Alicia Liddell y de otras pequeñas amiguitas han dado pábulo a las más diversas teorías sobre el inconsciente y el consciente de este solterón que amaba a las niñas.

Pero la que ha asumido la peculiaridad de los ingleses como objeto de su trabajo literario es Edith Sitwell, autora de *Ingleses excéntricos. Una galería de hombres y mujeres raros y pasacocos*. El libro, publica-

do originalmente en 1933 y traducido sólo en 1989 al castellano, es una auténtica caja de sorpresas que rescata del olvido, con humor y con distancia, con cariño y con sorna, a personajes que cumplen cabalmente con las características enunciadas en el título. Edith Sitwell, poetisa y ensayista británica, murió en 1964, y ésta es su obra actualmente más difundida. Se dice que ella, tal como Beckford, Carlyle y Borges, prefirió simular la realidad en lugar de reconocer el carácter ficticio de sus personajes. Hayan existido o no, son, de todos modos, cabal expresión de la excentricidad inglesa.

EL DON DE LA INFALIBILIDAD

¿En qué consiste, pues, la ya tan nombrada *excentricidad*? El diccionario, con su habitual proceder tautológico, la define como "rareza o extravagancia de carácter". En *extravagancia*, no es mucho más descriptivo: "desarreglo en el pensar u obrar". En *extravagante* alcanza, por fin, cierta precisión: "que se hace o dice fuera del orden o común modo de obrar". En el caso de los ingleses, tal comportamiento desajustado obedece, según Edith Sitwell, "a ese conocimiento peculiar y satisfactorio de su infalibilidad, que es el sello distintivo y el derecho de nacimiento de la nación británica". Esa percepción puede llevar a afirmar a un distinguido señor que "el principio vital, los nervios del tronco y las extremidades, la sensación y el movimiento, pueden existir con independencia del cerebro". En el mismo orden de cosas, los médicos de los siglos XVI y XVII podían recetar —y los enfermos ingerir— remedios de este tipo: "pío-

**Ingleses excéntricos. Por Edith Sitwell. Tusquets Editores, Colección Afueras, Barcelona, 1989, 289 páginas.*

Antídoto para la melancolía [artículo] Rodrigo Pinto.

AUTORÍA

Pinto, Rodrigo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Antidoto para la melancolía [artículo] Rodrigo Pinto. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile